

**con acento**

## **Kenia está en África**

Juan Antonio Irazabal

El atentado con coche bomba, a fines de Noviembre, contra un hotel israelí de Mombasa, recordó, a quienes lo sabían, que Kenia es un país de la costa oriental de África. Kenia puso la mayor parte de los 15 muertos y 80 heridos de aquel brutal atentado. Sin embargo, lo importante del acontecimiento, según las crónicas de los periódicos, fue que nos encontrábamos ante un nuevo episodio de la larga guerra entre israelíes y palestinos, en el que se veía el largo brazo de Osama Bin Laden. ¿Y Kenia? Ni siquiera habían informado a su gobierno de las sospechas de que algo iba a pasar.

Una vez más, África pone los muertos, muchos muertos, por una o por otra causa. Por lo demás, no cuenta para nada, ni se le tiene en cuenta para nada. La mayor parte del tiempo ni nos acordamos de que existe.

¿Cómo se ha llegado a semejante situación? Probablemente la culpa no es de unos o de otros, sino de todos. La culpa es, en primer lugar, de que se acabó la guerra fría entre los bloques comunista y capitalista. Entonces sí se contaba con los países africanos, con sus votos en la ONU y con su situación estratégica para

instalar bases militares en sus puertos y aeropuertos. Pero aquel «capital» de favores y atenciones de los respectivos aliados desapareció con la caída del muro de Berlín.

Hubo también un tiempo (allá por los años 60 y 70) en que África atrajo a los exportadores de industrias «llave en mano». Unos tiempos en los que se hablaba mucho de desarrollo, de un desarrollo que sólo podía llegar por el camino de la industrialización. «País desarrollado» era sinónimo de «país industrializado», una especie de verdad indiscutible. Europa y Norteamérica vendieron así no pocas fábricas en África.

Aquello fue como el cuento de la lechera. Los préstamos baratos, pero a interés variable, que se utilizaron para la compra-venta de aquellas industrias, se convirtieron bruscamente (con la crisis petrolera de los años 70) en préstamos caros. Y así empezó otra historia, ésta triste: la historia de la deuda externa. En 30 años no han conseguido deshacerse de ella. Y nadie sabe decir cómo podrían conseguirlo esas economías tan frágiles, que no disponen de unas infraestructuras tan poderosas como pueden ser las de Argentina o Brasil.

Pero es que, además, se había comenzado la casa por el tejado: aquellas flamantes industrias carecían de un mercado en el que colocar sus productos. La inmensa mayoría de la población seguía viviendo de la agricultura, de una agricultura de subsistencia, que no generaba excedentes. Los campesinos no constituían un auténtico mercado para una industria en la que se concentraban todos los esfuerzos a favor del «desarrollo». Mientras, la agricultura no recibía ni créditos ni medios para hacerla más productiva. Eso sí, cuando no quedó más remedio que reconocer el error cometido, los políticos proclamaron que la agricultura tenía que ser «la prioridad de las prioridades». Pero las grandes declaraciones nunca han cambiado nada.

En cambio «los países desarrollados» apoyaban a sus respectivas agriculturas con toda clase de recursos, incluidos aquellos que condena severamente el dogma neoliberal: las subvenciones estatales (la UE dedica el 50% de sus presupuestos a subvencionar su agricultura, y los EE UU no le

quedan a la zaga). ¿Qué más hacía falta para hundir del todo la agricultura de los «subdesarrollados»?

Mientras tanto la legitimidad de los líderes africanos estaba por los suelos. Entonces muchos no vieron otra salida que azuzar las rivalidades étnicas o tribales para presentarse a sí mismos como salvadores y hacerse indispensables. A su vez, las guerras tribales se alimentan con toda clase de tráfico: diamantes, oro, coltan, etc., tráfico en los que participan honorables empresas europeas.

A todo esto, añadan el sida, el «primer mandamiento» del FMI, que es el pago de la deuda externa con sus intereses, aunque la población se muera de hambre y sin hospitales, y *last but not least*— la prioridad de la lucha contra el terrorismo internacional... y a ver quién tiene tiempo de acordarse de Kenia y los demás países de África. Una vez más, lo urgente (en parte por culpa de los propios errores) prima sobre lo importante: la solución de los problemas en su raíz. ■